

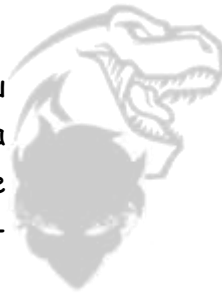


Capítulo 384 - ¿Y por qué no viniste?

Sepphirothy dio un paso adelante, con los ojos fijos en Morrigan como lanzas invisibles. El calor de la batalla anterior aún persistía en el aire, pero ahora la temperatura parecía bajar unos grados. Incluso el polvo empezó a asentarse con una extraña calma, como si su presencia alterara el ritmo natural de las cosas.

"¿Te estás burlando de mi hijo?" Su voz se escuchó firme, baja, sin ninguna vacilación. Era el tipo de tono que atravesaba el pecho sin necesidad de subir el volumen—una voz que llevaba historia, autoridad y la sombra del juicio.

Morrigan se quedó paralizado por un momento. Un ligero temblor recorrió su columna vertebral, e incluso con la sangre caliente del duelo todavía palpitando en sus venas, sintió el frío helado del vívido recuerdo de Sepphirothy. Esa presencia la había sentido tantas veces desde la distancia—y la había evitado durante tanto tiempo.



Instintivamente, el aura de Morrigan aumentó. Un denso campo de energía oscura envolvió su cuerpo como una segunda piel, una reacción defensiva tan automática como la respiración. Se enderezó, se pasó la mano por el pelo ensangrentado y, con una sonrisa carente de ironía, dijo:

"Oh, Sepphirothy... cuando escuché que habías regresado, pensé en venir a verte."

Sepphirothy cruzó los brazos, con los ojos medio cerrados. La luz en su piel parecía delineada por una tensión contenida pero terriblemente sólida.



"¿Y por qué no viniste?"

Morrigan dudó. No había excusa que pareciera digna. No había mentira que pudiera pasar ante esa mirada.

"Miedo", dijo finalmente, honestamente. "Pero ya se fue."

Hubo silencio. El tipo que no pide permiso. Un silencio pesado, como si el mundo contuviera la respiración. Incluso Zafiro miró hacia un lado, sorprendido por la respuesta. Vergil simplemente dio medio paso atrás, incómodo, como alguien que se da cuenta de que ha entrado en una habitación donde los fantasmas todavía están en guerra.

Sepphirothy mantuvo sus ojos en Morrigan. Assessing. Pesaje. Ella podía sentirlo —no la mentira, sino la dolorosa verdad. El tipo de verdad que pocas personas tienen el coraje de admitir en voz alta. Finalmente, dejó escapar un largo suspiro y descruzó los brazos, relajando los hombros.



"Bueno", dijo ella, "entonces no vuelvas a huir"

Morrigan sonrió. Una pequeña sonrisa, casi de alivio. "No lo haré. Ya no."

Sepphirothy se encogió de hombros, pero hubo una ligera suavización en su expresión. Quizás un rastro de afecto, oculto bajo capas de orgullo y dolor.

"Todavía luchas como una loca, Morrigan. Pero esa de ahí..." miró a Zafiro, "...casi te atrapa"

—Casi —respondió Morrigan—, le dolió el orgullo, pero sin negarlo. "Ella es demasiado buena."



"Has mejorado", afirmó Sepphirothy, como si eso por sí solo fuera una explicación completa—y lo fue. "¿Quién te enseñó?" Después de todo, Sepphirothy la miró muy seriamente... Esas técnicas de lanza no las enseñaba cualquiera...

"Scathach", dijo Morrigan con una sonrisa.

Sepphirothy hizo una pausa. Sus ojos, que antes eran fríos, ahora se entrecerraron ligeramente y un silencio casi reverente cayó sobre el grupo. Incluso el viento parecía dudar a su alrededor.

"Scathach", repitió Sepphirothy en voz baja, como si el nombre tuviera el peso de siglos— y así fue. Inclino la cabeza hacia un lado, analizando a Morrigan de la cabeza a los pies con una mirada que parecía atravesar carne, huesos y alma. "Así que es verdad... Ella abandonó la Isla Oscura."

Morrigan simplemente asintió, con un brillo extraño en sus ojos. "Por un tiempo. No sé por qué ni cuánto durará. Sólo sé que... ella ha elegido entrenarme."

Sepphirothy entrecerró aún más los ojos y ahora había algo diferente allí — ni juicio ni ira. Fue respeto. Un respeto duro y raro, como una piedra preciosa enterrada bajo toneladas de historia. Cruzó los brazos nuevamente, pero la tensión que había existido antes comenzaba a disiparse.

"Ella no elige al azar. "Ella nunca lo ha hecho", murmuró Sepphirothy. "Ella me rechazó cuando tenía diecinueve años."

Los ojos de Morrigan se abrieron con sorpresa. "¿Ella te rechazó?"





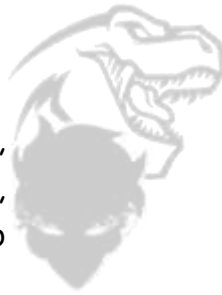
"Dos veces." Sepphirothy se encogió de hombros. "Ella dijo que mi orgullo era mayor que mi disciplina. Y.... ella tenía razón."

Siguió un silencio incómodo. Zafiro miró de uno a otro, luego a Virgilio, quien claramente no tenía idea de quién era Scathach, pero entendió por el tono que el nombre tenía más peso que cualquier título.

"Así que ahora todo tiene sentido..." Dijo finalmente Sepphirothy, volviendo sus ojos hacia Morrigan. "La forma en que equilibras tu base. La estabilidad de tu centro de gravedad. Leyendo fintas antes del impacto... Eso no es instinto. "Es doctrina."

Morrigan sonrió más ampliamente esta vez. "Me dolió muchísimo. Pero valió la pena."

Sepphirothy finalmente relajó los hombros y dio un ligero paso adelante, deteniéndose frente a Morrigan. Las dos mujeres, ahora más cercanas, parecían finalmente hablar como iguales, no como sombras del pasado a punto de colisionar.



"Si ella te eligió... entonces tal vez te juzgué mal." Sepphirothy inclinó ligeramente la cabeza. "No es fácil admitirlo."

Morrigan dudó, sorprendido. "¿Estás... disculpándote conmigo?"

"No." La respuesta fue seca, pero no cruel. "Simplemente reconocer que el miedo que sentiste puede no haber sido cobardía. Quizás fue sólo... madurez."

Las palabras colgaban en el aire como una espada envainada. No hubo disculpas. Sin daño. Justo el tipo de comprensión que sólo llega después de que se ha derramado sangre —y se ha expuesto el coraje.



Las dos mujeres se miraron en silencio y, por un breve momento, pareció que el mundo finalmente había encontrado el equilibrio en ese momento tenso y honesto.

Hasta que Virgilio abrió la boca.

—Está bien, espera... —dijo, levantando las manos como si pidiera una pausa en medio de una ópera sangrienta. "¿Quién carajo es Scathach?"

El silencio se hizo añicos instantáneamente. Morrigan dejó escapar un suspiro apagado. Zafiro puso los ojos en blanco. Sepphirothy simplemente cerró los ojos por un segundo, como si contara hasta diez— o decidiera si valía la pena aplastarlo con el tronco de un árbol.

"Quiero decir..." Vergil continuó, aparentemente ajeno a la incomodidad general: "ustedes están aquí, llenos de historia, poder, resentimiento, luchas épicas, hablando de una maestra legendaria como si fuera la vecina que enseña crochet, y yo... iliteralmente no sé qué está pasando!"



"Es la mayor maestra de combate con lanza que el mundo haya conocido jamás", respondió Sapphire, como si le explicara la tabla periódica a un niño impaciente. "Ella entrenó dioses. Ella acecha leyendas. Y si ella te mira de manera equivocada, tu alma se desintegra antes que tu cuerpo"

Virgilio parpadeó. "Genial. Entonces... ¿cómo el Yoda de las lanzas?"

"Si Yoda te hizo sangrar hasta que aprendiste a respirar bien, sí", se quejó Morrigan.



"Está bien. "Genial." Vergil asintió lentamente, tratando de digerirlo. Se volvió hacia Zafiro y Sepphirothy: "Pero... ¿qué pasa con los Orbes? ¿Alguien recuerda los malditos Orbes de la Emperatriz Dragón? Sólo para confirmar: ¿eso todavía importa o estamos oficialmente libres de ese problema?"

Zafiro y Sepphirothy se miraron... "Maldita sea... es verdad, ¿no?" Zafiro dijo...

"Me olvidé de la Emperatriz Platino..." Sepphirothy dijo...

